Manteneduría

Juegos Florales

Hermandad de la Vera Cruz

Sevilla

Jueves, 9 de mayo, 2024

Julio Cuesta Domínguez

“In hoc signo vinces”

“Con este signo vencerás”.

Tres siglos tardó el Señor en hablar de su Cruz. En dar Él mismo el significado de su Cruz. En decir que aquella no fue su derrota. En que, en ella, en el camino del dolor, del sufrimiento, de la ignominia, de la vergüenza y de la derrota, estaba la victoria.

Lo dijo en forma de crismón refulgente en el cielo ante el emperador Constantino. Con él, con ese crismón, llegó la victoria. La Cruz cambió el mundo. La cristiandad pasó de ser perseguida, odiada y martirizada a ser la protegida, y la Cruz, el símbolo del Imperio.

Atrás habían quedado persecuciones, torturas, martirio y muerte. Y unas comunidades que bajo el símbolo del pez sobrevivían a duras penas. Por delante, se abría ya un mundo nuevo, un camino de salvación física y espiritual hacia un hombre nuevo, el centro de la creación, portador de toda dignidad y libertad. El hombre redimido y hecho libre por el sacrificio de la Cruz.

La Cruz se hace ya la divisa de un pueblo engrandecido por Dios, y acabaría siendo hoy la marca de toda una civilización. La más grande. La que mayor bienestar ha traído a la historia de la humanidad.

Es, sin embargo, la Cruz de la ironía, en la que todo se hace su contrario. Por ella se va del dolor al gozo, por ella se pasa del sacrificio y la renuncia, a la gracia y al bien. Por ella se pasa del pecado a la gracia.

Exactamente ésa, la de este Señor que nos preside, que lleva recibiendo las miradas de una ciudad, de un pueblo, durante casi cinco siglos.

La auténtica Santa Vera Cruz. La Cruz que no necesita nombre. La del Señor que lleva el nombre de su Cruz. La más elocuente. La que lo dice todo. La que, sin más explicación, sólo te invita. Se te regala. La que se te hace personal, propia. La que te dice: toma tu Cruz y sígueme.

Aquí estamos, bajo tu sombra, siguiéndote. Dios en madera de Cruz fundido, labios de todos los besos, nube de todo el incienso. Señor de la Vera Cruz, bendícenos.

Hermano Mayor de la Muy Antigua, Siempre Ilustre, Venerable, Pontificia, Real, Fervorosa, Humilde y Seráfica Hermandad y Archicofradía de Nazarenos de la Santísima Vera Cruz, Sangre de Ntro. Señor Jesucristo y Tristezas de María Santísima.

Sr. director espiritual de la Hermandad.

Miembros de su Junta de Oficiales.

Sr. Jefe Superior de Policía

Sr. delegado del Lunes Santo de la Junta Superior del Consejo General de Hermandades y Cofradías de la Ciudad de Sevilla.

Hermanos Mayores y representaciones de otras hermandades.

Hermanos de la Vera Cruz.

Señoras y señores.

Queridos amigos todos:

Debo comenzar con mi agradecimiento más sincero por habérseme dado el privilegio de incorporarme a la nómina de los grandes nombres que han ocupado este atril a lo largo de 53 años de celebración de estos Juegos Florales. Todos ellos componen gran parte del corazón de nuestra ciudad.

Me siento muy honrado de que la Junta de Oficiales de la Hermandad haya sido tan generosa y, a la vez, tan osada conmigo. Digo osada porque no traigo méritos literarios de ningún tipo. Ni me acerco en conocimientos a los ilustres y admirados miembros del jurado de los Juegos.

Y ni mucho menos merezco las amabilísimas palabras que ha empleado mi presentador, mi abecedario y diariamente admirado Juan José Borrero, brillantísimo mantenedor de estos Juegos del año pasado, que vivamente le agradezco. Muchas gracias, Juanjo. Tus generosas palabras han dejado ya el toro de mi faena en suerte. Espero que la montera de esta vistosa calva que me adorna haya caído boca abajo.

Llego ante ustedes en mi condición de ser un cristiano esforzado, de intentar con todas mis debilidades vivir agarrado al Evangelio y a la figura de Jesús. Mi deseo es procurar ser un buen ciudadano, capaz de corresponder al gran regalo que recibí con la fe de mis mayores, con el brillo y la geografía de la luz de esta hermosa ciudad que nos habita en el corazón; una tierra que me hace temblar con sus cosas un día sí y el otro… también.

Compartiré con ustedes unas reflexiones que no saldrán de mi conocimiento, más bien escaso, ni de mi experiencia en el campo de la literatura ni muchísimo menos en los ámbitos de la teología, la mística o la ascética. Quieren ser unas reflexiones que, exclusivamente, salgan de mis convencimientos, y también de mis dudas, de mis inquietudes, y en gran parte de ese instinto que todos tenemos de intentar alcanzar con la yema de los dedos del alma lo inaccesible e inabarcable.

Desde el principio de mi designación he venido dando muchas vueltas al contenido del encargo que se me había encomendado: Ser mantenedor o ejercer la Mantenedurí a de unas justas literarias relacionadas con

la mística alrededor de la Cruz, de la Vera Cruz de Nuestro Señor Jesucristo.

Me quedé literalmente con esta definición de mi cometido. Es decir, defender y conservar una cosa en su ser, como define Julio Casares en su Diccionario Ideológico de la Lengua.

Por una parte, resultaría innecesario defender estos Juegos, tras más de medio siglo de inmortalidad de esta celebración, pero por otra, me veo en la obligación de aprovechar la ocasión para recapitular y tomar conciencia de la razón de las cosas y de hacer resaltar el significado y la trascendencia de lo que estos Juegos Florales representan. No ya para el regocijo y la autocomplacencia, sino para dar cuenta y tomar conciencia de la importancia de lo que se hace, del esfuerzo que conlleva y de su vocación de futuro.

En la tradición más clásica, en la Roma republicana, desde el siglo II antes de Cristo, unas justas literarias, unos Juegos Florales tuvieron su origen precisamente religioso. Nacieron dedicados a la diosa Flora. De modo que este acto de exaltación poética de la Cruz mantiene

en su singularidad no sólo la flor sino el origen religioso que tienen unos Juegos poéticos. Hay en su esencia, por encima de sus aspecto artístico y literario, un carácter esencialmente religioso.

España, país grande, por su posición de encrucijada, por su historia, por la grandeza de su gente, por el heroísmo de sus hombres, por la imaginación y espiritualidad de su pueblo, y por su formidable contribución a la cultura universal, ha sido una gran protagonista en muchos campos de la cultura y del saber. Dije en alguna ocasión que ni Roma había hecho crecer la civilización cristiana occidental como lo hizo España, y precisamente desde Sevilla.

En el ámbito de la literatura, y sin tener que entrar en justificaciones ni en las letras comparadas, basta echar un vistazo a nombres y títulos de nuestra producción literaria para comprobar que en todos los géneros y en todas las épocas han brillado y destacado nuestros creadores.

En particular, nuestro Siglo de Oro, comprendido entre 1492 con el descubrimiento de América y 1681 con la

muerte de Calderón de la Barca, es significativo. No se encuentra en las artes ni en las ciencias, ni, por supuesto, en la literatura universal mayor producción, ni mayor riqueza, ni más brillantez y mayor trascendencia que la protagonizada por la literatura española en ese siglo.

Si el más grande, don Miguel de Cervantes, no encuentra parangón en las letras de cualquier época, incluida *La Divina Comedia* de Dante, Shakespeare, el más grande de las letras inglesas de todas las épocas, y Lope de Vega son plenamente parangonables y universales. Son gigantes de nuestras letras.

En esta línea de grandeza y excepcionalidad, surge en la España del Siglo de Oro una de las expresiones literarias que más han abierto el recóndito y solitario mundo del espíritu a la contemplación de los demás. Si en todos los géneros literarios hay, sin duda, una expresión del autor para compartir y comunicar sentimientos, vivencias, experiencias materiales o espirituales, en la historia de la literatura española y en español aparece un género extraordinariamente singular por no decir único, que trata de la vida espiritual y contemplativa: la literatura mística y ascética.

La mística es expresión de la más extraordinaria experiencia del espíritu, de algunos espíritus elevados, ajena a cualquier impostura, imposición o dogma; una experiencia individual y expresada en una libertad absoluta. Por eso, no es de extrañar que todos los autores tuvieran serios problemas con la Inquisición o los procesos de censura de la época.

Los místicos desentrañan una experiencia secreta en la que Dios se manifiesta con toda su grandeza y magnanimidad, alejada de cualquier atisbo de dogmatismo o vulgaridad. Es un fenómeno del espíritu, del alma, que se manifiesta literariamente pero que responde a cánones teológicos y espirituales. Lo mismo exactamente que hacemos hoy aquí en estos Juegos.

Aunque la mística describe una experiencia o recorrido espiritual profundamente personal y, a veces, libertario, los místicos tenían también una aspiración comunicadora importante. Sin hacer proselitismo, de manera sencilla, había un deseo de dejar constancia de esos encuentros divinos y sus sensaciones para aprendizaje moral del lector. Eran, en algún modo, manuales de autoayuda para que el lector encontrara los caminos del alma hacia Dios.

Así lo expresa Santa Teresa cuando escribe:

Alma mía, toma la Cruz con gran consuelo

Que ella sola es el camino para el cielo.

Es la Cruz el 'árbol verde y deseado'

De la Esposa, que a su sombra se ha sentado

Para gozar de su Amado, el rey del cielo,

Y ella sola es el camino para el cielo.

Nombres de la talla de Santa Teresa de Jesús, Fray Luis de León, San Juan de la Cruz, Fray Luis de Granada o Sor Juana Inés de la Cruz, en la otra orilla del Atlántico, son imprescindibles no solo del género sino del canon literario en español y universal. Dos de ellos, Santa Teresa y San Juan de la Cruz son Doctores de la Iglesia.

Pues bien. Esta es la literatura, la lírica que se viene promoviendo en esta Hermandad de la Santísima Vera Cruz, desde que hace ya más de medio siglo se iniciara este acto en torno al significado del símbolo de nuestra fe y de nuestra cultura.

Y por ello, por formar ya parte de esta literatura tan espiritual y singular, quiero felicitar muy vivamente a don Jesús Ángel Abuja Beades, brillante ganador del certamen de este año, con su *Tríptico de la Cruz.* Enhorabuena.

En los días en que he estado pergeñando y organizando estas ideas, créanme, me ha conmovido el hecho de que nuestra Hermandad, con estos Juegos Florales, esté cultivando, como en ningún otro sitio, quizás del mundo, la parte más singular, más espiritual de nuestra literatura. Y es lo que me gustaría reconocer, resaltar y aplaudir. Insisto. En Vera Cruz se viene cultivando lo más profundo y espiritual de la literatura en español. Y que luego digan…

Además, y por si fuera ya poco, al analizar los antecedentes sobre el protagonismo de la Cruz en la literatura mística española, me ha resultado sorprendente no haber encontrado en la cantidad que fuera de esperar una producción literaria razonable dedicada a la Cruz, que es manifiestamente escasa. La más prolífica de nuestros místicos, Santa Teresa de Jesús,

sólo tiene tres poemas dedicados a la Cruz. Es más, y muy significativo que el soneto:

No me mueve, mi Dios, para quererte
el cielo que me tienes prometido,
ni me mueve el infierno tan temido
para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, Señor, muéveme el verte
clavado en una cruz y escarnecido,
muéveme ver tu cuerpo tan herido,
muévenme tus afrentas y tu muerte.

Muéveme, en fin, tu amor, y en tal manera,
que, aunque no hubiera cielo, yo te amara,
y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera,
pues, aunque lo que espero no esperara,
lo mismo que te quiero te quisiera.

Es el soneto impecable, que mejor ilustra el significado y trascendencia de la Cruz, no sólo en su fuerza mística sino también ascética, y que sigue siendo anónimo. Todos los grandes desde Santa Teresa a Sor Juana Inés de

la Cruz han sido descartados por los expertos y críticos literarios como posibles autores del soneto.

Decía Juan Ramón Jiménez, el eximio Premio Nobel andaluz, que la *"poesía es la voz de lo inefable. A pocos poetas les ha sido dado tener esa voz."* Así, lo que se viene haciendo con esta exaltación de la Cruz no puede hacerse sino en la voz de lo inefable, en poesía, y en su formato más exquisito, en sonetos, una forma literaria especialmente difícil, piedra de toque de la excelencia poética y máximo ejemplo de la perfección formal de la poesía del que el propio Lope de Vega:

Un soneto me manda hacer Violante
que en mi vida me he visto en tanto aprieto;
catorce versos dicen que es soneto;

En el año 2002, hace ya 22 años, el Excmo. Ateneo de Sevilla publicó una hermosa *Antología de sonetos ganadores de los Juegos Florales en honor de la Santa Vera Cruz* (1971-2001), con los primeros treinta años de los Juegos Florales. La obra es ya una obra de referencia en la literatura mística española contemporánea, por su significado y por su calidad. Es una contribución única e importantísima a la lírica mística en la mejor tradición

literaria española. Y no sería mala idea ampliar esa publicación con ediciones posteriores. Todo ello constituye ya un cuerpo de enorme riqueza literaria en su formalidad, y mística en su variado contenido, que será sin duda objeto de estudios y análisis en un futuro.

Porque, además, representa un cuerpo de conocimiento, de reflexión profunda y de comunicación sobre la Cruz específicamente, único, sobre el mayor símbolo, inabarcable, como ha sido y es la Cruz en la que Jesús de Nazaret, Dios hecho hombre, se inmola por la Humanidad, salvándola de la miseria y de la indignidad, y convirtiéndola en la ilustración de que, del oprobio, del sufrimiento, de la humillación y de la muerte, quedó el ser humano salvado.

En Santo Toribio de Liébana se encuentra el mayor trozo que se conserva del madero que San Elena, la madre del Emperador Constantino, ayudó a descubrir en el Gólgota, cuando mandó demoler el templo de Venus. Había querido el Imperio ocultar y hacer olvidar lo allí ocurrido, que el Monte Calvario se convirtiera en lugar de devoción de los cristianos perseguidos.

El trozo es madera de ciprés. Tiene los años que corresponden a su madurez como para ser la del árbol talado para la crucifixión de Jesús. En la historia de esta reliquia y en el recorrido documentado que se tiene de ella, se dan todos los ingredientes de lo que hoy se viene denominando trazabilidad, es decir, su garantía de origen. No hay razón para pensar que no se trate de un trozo de la Cruz del Señor. Mas, lo que de ello resalta es que lleva las miradas de 17 siglos de veneración desde que el siglo IV fuera encontrada por Santa Elena.

La reliquia de la Cruz en Santo Toribio de Liébana bien puede ser la metáfora de cómo un símbolo, incluso material, tosco y feo, como en este caso, puede sobrevivir las tormentas de los tiempos.

Ahí es donde está la fuerza de la Cruz: sólo su nombre la ha hecho ya inmortal, se crea o no se crea ella. Ahora, estamos ya en si se derriba o no la Cruz más alta de España, la del Valle de los Caídos… Todo para sembrar la duda.

"Todas las veces que me he acercado a la Pasión he temblado. Me parece que hasta hoy nadie haya

representado la potencia y la amplitud de esta íntima tragedia, la más cerrada y profunda que yo conozca".

Lo he dicho. Yo mismo tiemblo al decirlo. Pero no son mis palabras. Son del autor y político italiano, Gabrielle D'Annunzio.

Porque la Cruz ha sido, es y será signo de contradicción y de inquietud, por lo imposible que resulta abarcar todo su significado. ¿No es hoy la Cruz más escándalo que nunca? ¿Cómo tiene explicación en un mundo en el que la felicidad es el placer y la grandeza es el poder y la violencia? ¿Cómo casa una sociedad feliz, optimista, en un mundo lleno de cadáveres, sembrado de bombas, drones, misiles Patriot y amenazas nucleares? ¿Una sociedad que no deja de aumentar el gasto en materiales de guerra? ¿Una sociedad en la que hasta en los ambientes más desenfadados reina la crispación, el enfrentamiento y el odio, como estamos contemplando en los más plácidos campuses universitarios americanos?

¿Una sociedad que anula la libertad y degrada al ser humano haciéndolo objeto de tráfico económico hasta de la vida? ¿Una sociedad en la que se nos está enseñando,

empujando a odiar? ¿Una sociedad que parece no darse cuenta de que desde el poder está siendo abusada, condenada, crucificada?

El mundo ha chocado siempre con la Cruz. Por eso, en el Calvario se construye un templo a Venus, como digo.

Para Marco Tulio Cicerón *"todo lo que tenga que ver con la Cruz debe mantenerse lejos de los ciudadanos romanos"*. La cruz era el paradigma de una muerte repugnante, y, por tanto, era incomprensible que un dios, Dios, muriese crucificado. La Cruz era signo de vergüenza, de escarnio. Había que ocultarla.

El propio San Pablo, con la experiencia que vivía en las diversas comunidades y territorios, no tenía más remedio que reconocerlo en su Primera Carta a los Corintios cuando dice que

"*Mientras los judíos piden milagros y los griegos buscan el saber, nosotros proclamamos a un Mesías crucificado: para los judíos ¡qué escándalo! Y para los griegos ¡qué locura!*

¡Escándalo y locura!

Eso sí. Más tarde la hemos ido dulcificando, para evitar el escándalo, y la hemos convertido en un signo de triunfo, porque al fin la Cruz es gloria, y la gloria está en la Cruz.

Ya lo decía Santa Teresa:

Después que se puso en cruz el Salvador,

en la cruz está «la gloria y el honor»,
y en el padecer dolor, vida y consuelo,

y el camino más seguro para el cielo.

En algún lugar leí que Jesús no murió para despertar nuestras emociones ni desarrollar nuestra compasión, sino para salvarnos y llevarnos a una nueva manera de vivir. Que en la Cruz no debe haber sólo sentimientos sino modelo de vida, de conversión pura y dura. Por el contrario, hemos hecho, fabricado, una Cruz sentimental, compasiva, que ya no es motivo de escándalo. ¿Cómo qué no?

Y, sin embargo, no se debe hablar de la Cruz sino temblando, como decía D'Annunzio. La Cruz es una provocación que llama a apartarnos de la utopía, de la autocomplacencia.

La Cruz es tierra de fuego, es territorio de rebelión y de lucha; la Cruz es terremoto, es huracán, es volcán que obliga no tanto a contemplar sino a cambiar y confundirse con ella. A hacer verdad lo que hizo Él con ella: redimir, liberar de la condena de la indignidad. Uno debajo de ella, para alzarse con ella.

"No se puede adquirir la ciencia de la Cruz más que sufriendo verdaderamente el peso de la cruz. Desde el primer instante he tenido la convicción íntima de ello y me he dicho desde el fondo de mi corazón: Salve, oh Cruz, mi única esperanza", en palabras de la gran santa del siglo XX, la judía conversa Edith Stein.

Me ha sorprendido mucho la expresión de Paul Winter, el escritor de origen judío cuya obra *Proceso a Jesús* tuvo una marcada influencia en el Concilio Vaticano II. Dice Winter que los evangelios crecieron hacia atrás. Es decir: que todo, la vida y el mensaje de Jesús, comienza en la Cruz. Todo, toda la vida de Jesús, todo el Evangelio se compone a partir de ella.

De tal modo que la Cruz es el punto de partida, y su sombra se proyecta hacia atrás, sobre toda la vida de Jesús, incluso antes de su nacimiento en Belén. Dice Winter: *"el punto en el que el evangelio comienza se alcanzó retrospectivamente, partiendo de su muerte hasta el bautismo y su nacimiento".*

Es más: la Cruz, la pasión, se proyecta hasta antes de su nacimiento. El Evangelio entero está escrito bajo el paradigma de la Cruz que viene. Desde el viejo Simeón que predijo el sufrimiento –*"a ti misma, María, una espada te atravesará el corazón"* -- hasta María Magdalena, la eterna compadecida de Él.

Y no le falta razón a Paul Winter. Hasta en el Antiguo Testamento aparece constantemente tanto la imagen del Mesías triunfante como la figura del Siervo sufriente, el triunfo por el sacrificio, y que es patente en el salmo 22:

Dios mío, Dios mío, ¿por qué me abandonaste?
¡Las palabras que lanzo no me salvan!
Mi Dios, de día llamo y no me atiendes, de noche,
mas no encuentro mi reposo.
Mas yo soy un gusano y ya no un hombre,
los hombres de mí tienen vergüenza
y el pueblo me desprecia.

Todos los que me ven, de mí se burlan,
hacen muecas y mueven la cabeza
al verme se burlan de mi…
Ellos me miran triunfantes,
se reparten mi ropa, se sortean mi túnica."

El considerado el evangelista del Antiguo Testamento, cuya festividad celebramos hoy, el profeta Isaías, en su capítulo 52:13 dice 8 siglos antes del nacimiento del Mesías:

"Mirad, mi siervo prosperará, será elevado, ensalzado y puesto muy alto. Muchos se avergonzarán de él, porque desfigurado, no parecía hombre, no tenía aspecto humano... Despreciable y desecho de hombres, varón de dolores y sabedor de dolencias, como uno ante quien se oculta el rostro, despreciable, y no le tuvimos en cuenta".

Una imagen de un Mesías prometido en nada triunfante, en nada glorioso y en todo sufriente.

Y, sin embargo, los apóstoles, mientras que Cristo vivió, no quisieron saber nada de la Cruz, del sufrimiento. Esto queda ilustrado en el evangelio de San Marcos, capítulo 8, cuando Jesús anuncia a sus apóstoles su muerte

dolorosa, y Pedro, avergonzado de lo que había oído, *"lo toma aparte y lo reprende".*

Dice San Marcos: *"Pero él, Jesús, volviéndose y mirando a sus discípulos, reprendió a Pedro, diciéndole: "¡Quítate de mí vista, Satanás! porque tus pensamientos no son los de Dios, sino los de los hombres. Llamando a la gente, a la vez que, a sus discípulos, les dijo: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame".*

Los discípulos no podían entender el misterio y el escándalo de Cruz.

Toda esa Cruz y todo ese sufrimiento anunciado ya en las Escrituras no fueron comprendidos en la vida de Jesús. Los descubrieron tras la resurrección y la convirtieron en el eje central de su predicación. En la muerte, y muerte de Cruz, había quedado todo aclarado para ellos.

De ahí que el ilustre teólogo suizo, Hans Von Balthasar afirma que *"el Nuevo Testamento en su conjunto es un ir y venir hacia la cruz y la resurrección".*

Quizás tenga la razón el físico y teólogo inglés, rector del Queens College de Cambridge, John Polkinghorne,

cuando afirma que la teología y la física teórica, las dos, estudian un mundo que no se puede conocer directamente a través de nuestros cinco sentidos. Y no habla de la física cuántica, que es la que va explicando, entre cosas, el fenómeno de la transubstanciación. Es decir: por qué un pedazo de pan puede ser el cuerpo de Cristo.

Tras la resurrección, el Jesús físico, el mortal, el terrenal para entendernos, y todo su entorno, incluida su Cruz, desaparecen radicalmente de la escena. Es que los sentidos de sus discípulos no perciben, no entienden lo que está pasando.

Jesús comienza a aparecerse inmediatamente a su gente. A María Magdalena, el mismo domingo; a sus dos seguidores, Cleofás y otro, en el camino de Emaús; a Tomás y los discípulos que pescaban en el Tiberiades, y de los que desapareció con un resplandor de gloria. Y después las revelaciones a Pablo de Tarso y a Ananías. La imagen gloriosa, eterna, resucitada, la que no necesita los sentidos, no los abandonaría jamás.

Y la Cruz, sin embargo, ese nuevo *"árbol de vida, y de consuelo, y un camino deleitoso para el cielo",* en palabras

de Santa Teresa, queda olvidado, proscrito, rechazado, porque era motivo de vergüenza, como si no hubiera existido.

La Cruz era el contraste que se quería ver de este Jesús glorioso, resucitado, que se había olvidado de su pasión, de su cruz y de su muerte. Pero seguía vigente el versículo 31 del capítulo 8 de San Marcos: "Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame".

Y, curioso. Siguieron tres siglos de persecuciones por todo el Imperio Romano. Hasta que un día, ya en el siglo IV, el emperador Constantino tuvo la visión del crismón, una Cruz Ardiente en el cielo y oyó la voz que decía: "Con este signo vencerás". Y venció.

Y la gran ironía de nuestra fe: tardamos casi cuatro siglos en descubrir toda su fuerza, todo su empuje.

Constantino legalizó el cristianismo en el año 313 mediante el Edicto de Milán. En el año 380 Teodosio, otro sevillano de Itálica promulgó el Edicto de Tesalónica, por el cual esta fe se convertía en la religión oficial del Imperio Romano.

Resulta difícil imaginar la repercusión que aquello tuvo sobre las comunidades cristianas y sobre la historia del

mundo. De ser perseguidos y martirizados, a ser protegidos por el Imperio.

Aquí estamos, Señor. Herederos somos de aquella visión de la Cruz, convertida al fin en símbolo de victoria y de salvación. Una Cruz, la de Jesús, *"que nadie puede tocar sin dejar en ella algo de sí mismo y sin llevar consigo algo de la Cruz de Jesús a la propia vida*", en palabras del Papa Francisco.

No se comprende el cristianismo sin entender que, de la humillación profunda del Hijo de Dios, que se humilló a sí mismo haciéndose siervo hasta la muerte y muerte de Cruz, naciera, no solo el consuelo como dice Santa Teresa, sino la dignidad, la libertad y la salvación del género humano.

¿En qué piensas Tú, muerto, Cristo mío?
¿Por qué ese velo de cerrada noche
de tu abundosa cabellera negra
de nazareno cae sobre tu frente?
Que eres, Cristo, el único
hombre que sucumbió de pleno grado,
triunfador de la muerte, que a la vida
por Ti quedó encumbrada. Desde entonces
por Ti nos vivifica esa tu muerte,
por Ti la muerte se ha hecho nuestra madre,

por Ti la muerte es el amparo dulce
que azucara amargores de la vida;
por Ti, el Hombre muerto que no muere
blanco cual luna de la noche. Es sueño,
Cristo, la vida y es la muerte vela.
Mientras la tierra sueña solitaria,
vela la blanca luna; vela el Hombre
desde su cruz, mientras los hombres sueñan;
vela el Hombre sin sangre, el Hombre blanco
como la luna de la noche negra;
vela el Hombre que dio toda su sangre
por que las gentes sepan que son hombres.

Son los versos del gran Miguel de Unamuno en su poema blanco al Cristo de Velázquez. Quizás no haya un texto más ilustrativo de esa Cruz de la ironía, de la contradicción, blanca y negra, de la victoria y la derrota, del sol y la luna, del día y de la noche, de la esclavitud y de la libertad, de la dignidad y de la ignominia, y de la grandeza y de la miseria, de la vida y de la muerte.

En esa Cruz está la fuerza y la bandera de nuestra fe y de nuestra civilización.

Al fin,

"En la cruz esta la vida y el consuelo y ella sola es el camino para el cielo." Teresa de Jesús